

La certeza y la modulación de certidumbre en el Witz

Modulation of confidence and certainty

Por Nicolás San Martín

RESUMEN

La fundamentación de la certeza configura el punto de apoyo no meramente de los edificios teóricos de las distintas disciplinas sino también, y lo que es más, de cualquier *praxis*, sea que ella se ocupe o no en considerarlo. Uno de los momentos de la historia más celebrados en que se ha hecho cuestión de un tal basamento por la influencia y los efectos que ha llegado a tener es el de las meditaciones cartesianas sobre filosofía primera, punto de partida -cuanto a lo que a proceder con la certidumbre se refiere- de la moderna ciencia. Como lo ha hecho notar Jacques Lacan, Freud procede asimismo revisando también los tales fundamentos, no por ello convergiendo en la derrota del filósofo francés, pues no se aviene a sacrificar por la afirmación del ser el campo de los pensamientos, y sin apelar tampoco a lugares comunes. Retomando esas indicaciones, en el presente artículo se señalan pues cuestiones básicas atinentes al lugar de la certidumbre y la certeza en el psicoanálisis y en las ciencias deductivas, punto en que se da el deslinde de sus respectivos campos.

Palabras clave: Contradicción -"C certeza -"C certidumbre -"C sujeto -"C Witz -"C metáfora

SUMMARY

The principles of certainty constitutes not only merely the toehold of the different disciplines' theoretical buildings but also, what is more important, of any *praxis*, regardless whether such a *praxis* takes them into account or not. One of the most celebrated moments in history when such basis were called into question, due to the influence and effects they have achieved, is the one of Cartesian considerations, starting point of modern science as far as proceeding with confidence is concerned. As pointed out by Jacques Lacan, Freud also proceeds examining such principles, but not in the same way as the philosopher, since he did not resolve to sacrifice for the affirmation of being the field of thoughts, but without the need to resort to common places. Resuming those indications, the present article underlines basic questions concerning the place of confidence and certainty in psychoanalysis and deductive sciences, the starting point from where their different fields branch out.

Key words: Contradiction -"C certainty -"C confidence -"C subject -"C Witz -"C metaphor

I Del lugar de la inconsistencia

En ocasiones la contradicción tiene por efecto sobre una certidumbre el menugar su magnitud, volverla exigua, acaso nula. Con éxito o sin él, muchas veces parece que se procede como si un imperativo clamara por mantener a resguardo suyo. Son las ciencias formales las que pareciera más puro este principio han mantenido, al punto de no parecer exagerado quien dijera que esa fuera nada menos que su causa.

Podría interrogarse ¿qué es una contradicción? ¿sobre qué puede su adscripción recaer? Así como otras preguntas similares ¿dónde repercuten sus efectos? ¿cuáles son estos?

Considérese, por ejemplo, el siguiente comentario del logicista polaco Alfred Tarski:

“A mi juicio, sería erróneo y peligroso, desde el punto de vista del progreso científico, despreciar la importancia de esta [se refiere a la paradoja de Epiménides] y otras antinomias, tratándolas como bromas o sofistiquerías. Es un hecho que estamos en presencia de un absurdo (...). Si tomamos en serio nuestro trabajo no podemos tolerar este hecho. Debemos descubrir su causa, es decir, debemos analizar las premisas sobre las que se basa la antinomia; luego debemos rechazar por lo menos una de esas premisas, y debemos investigar las consecuencias que esto tiene para el dominio íntegro de nuestra investigación.

Debemos insistir en que las antinomias han desempeñado un papel prominente en el establecimiento

de los fundamentos de las modernas ciencias deductivas. Y, así como las antinomias de la teoría de las clases (...) fueron el punto de partida de las tentativas exitosas por formalizar coherentemente la lógica y la matemática, por su parte la antinomia del mentiroso y otras antinomias semánticas dan origen a la construcción de la semántica teórica” (TARSKI, 1944, 23).

Vemos acá que el rechazo de la contradicción es tomado por punto de partida de la elaboración de las ciencias deductivas. La antinomia, la contradicción que logra producirse aun podríamos decir, es valorada de modo divergente, no siempre a la manera del citado autor. Sucede que mientras es posible cuestiona unos cimientos que se querrán sólidos, pero motoriza también una edificación nueva.

Una forma de definir la contradicción, en la teoría de la lógica proposicional, es la de una función veritativa (es decir una proposición compuesta de *variables proposicionales* ligadas entre sí) cuyo valor de verdad nunca sea verdadero, es decir, que cualesquiera sean la proposiciones que se usen en lugar de cada una de las variables proposicionales, la proposición compuesta resultante sea falsa. Dicho de otro modo, partimos de una teoría que cuente con constantes conectivas (como «y», «o», etc.) y con variables proposicionales, a partir de las cuales construimos esquemas de enunciados compuestos que se vuelven enunciados cada vez que se reemplacen las variables por enunciados concretos. Es contradictorio uno de es-

tos esquemas si es falso en todo caso, sea cual fuere la sustitución que se haga de sus variables. Ahora bien, para obtener una contradicción así necesitamos cuando menos dos ocurrencias de alguna variable. Una que se presente aislada no sirve, dado que como es evidente al ser sustituible por cualquier enunciado, se lo puede hacer por uno que no sea falso. Y un modo de lograrlo es que en un caso se la afirme y en otro se la niegue.

En resumidas cuentas, el párrafo precedente nos da de la contradicción la definición siguiente: ocurre cuando afirmo algo y al mismo tiempo lo niego. Pero esto lleva a un inconveniente, tal como lo menciona el filósofo inglés Peter F. Strawson. Esto nos da meramente el aspecto formal de la contradicción, no la contradicción misma, lo cual se debe a lo siguiente: el citar una frase de una tal *forma*, el presentarla como ejemplo, etc., no es en ningún caso equiparable al *hecho* de contradecirse:

“Contradecirse es como escribir algo para luego borrarlo, o tacharlo. La contradicción se cancela y no deja otra cosa en su lugar. Por consiguiente, con mostrar una cierta construcción verbal no logramos explicar, como sería nuestro deseo, en qué consiste una contradicción. Nos inclinaríamos a decir que una contradicción es algo que asume la siguiente forma: «se da el caso que X y no se da el caso que X». Pero esto no sirve” (STRAWSON 1963, 3).

Tal vez atendiendo a lo antedicho pueda citarse el célebre ejemplo de Frege quien, sin que lo notara en un primer

momento incurrió en una acción de esta naturaleza en sus *Grundsetze der Arithmetik*, para ser luego advertido de ello en una misiva por parte de Lord Bertrand Russell en la que figura la antinomia que lleva su nombre. Consideremos la reacción que tuvo ante ella:

“Su descubrimiento de la contradicción ha causado en mí la mayor sorpresa, casi diría consternación, pues ha hecho tambalear las bases en que intenté edificar la aritmética. Parece pues que transformar una generalización de una igualdad en una igualdad de recorridos [*Worthverlaufsgleichheit*] (§9 de mi *Grundgesetze*) no está siempre permitido, que mi regla V (§20) es falsa, y que mis explicaciones en §31 nos son suficientes para asegurar que mis combinaciones de signos tengan un sentido en todos los casos”¹ (VAN HEIJENOORT, 1967, 127).

La contradicción es expresada en los siguientes términos por Russell:

“Sea w la clase de todas aquellas clases que no son miembros de sí mismas. En ese caso, cualquiera que pueda ser la clase x , « x es un w » equivaldrá a « x no es un w ». En consecuencia, dando a x el valor w , « w es un w » equivaldrá a « w no es un w »” (RUSSELL, 1908, 78).

Donde la sustitución está permitida puesto que x hace las veces de un objeto arbitrario, lo cual incluye a w^2 .

Ahora bien, acaso parezca al lector que el ejemplo no fuera bien escogido, que en lugar de mostrar una contradicción remite a una regla falsa, a una ge-

neralización no permitida, a un sistema lógico inconsistente, a dos proposiciones inadmisibles una junto a la otra, etc. Más bien parecería que se trata en ocasiones de la causa de la contradicción, en otras de sus consecuencias, más no la misma en sí. Sin embargo viene al caso porque se especifica al equipararse con uno de esos deslices en el habla que puede ser chiste en caso de dar con un oyente. Sin duda casos así ponen de manifiesto la clase de oposiciones como la que hay entre el habla y la lengua y entre la enunciación y el enunciado, donde un acto que se contrapone a la estructura sin la cual no sería nada, dice algo que ella misma no admite. Pero el acto de la contradicción ilustra además, con claridad, que ese uso de los signos no se alcanza conforme a los susceptible de ser prescripto en código alguno.

Por lo demás el logicismo (que como vimos se refiere a la mera forma del asunto) da una *definición*, no una *descripción*. Definiciones de este tipo nada tienen que ver con las que son frecuentes en las ciencias inductivas, donde el punto de partida son los casos, a partir de los que ellas deben ajustarse y por mor de los cuales modificadas pueden verse en caso de darse uno que no logre quedar subsumido en la noción usada. En el caso de las deductivas, los conceptos se apoyan en la *definición*, pero en una que consiste en fijar una convención de una vez por todas, no en aproximarse a ningún hecho tomado como dado. Ahora bien, definir, en tal acepción, no es sino convenir en que deberá acatarse la regla que consiste en calificar de inconsistente la asevera-

ción de una de sus partes junto a la negación de la otra (*definiendum* y *definiens*). Así, tenemos que presuponer la contradicción para definir la contradicción. Este círculo ocurre en general con los conceptos que usan los lógicos para apreciar las fórmulas.

Así, aseverar que una afirmación *implica* otra vale tanto como decir que es *válido* hablar de que ésta se sigue de aquélla, lo cual se querrá explicar diciendo que resulta *contradictorio* afirmar la primera y negar la segunda, etc. (Cf. más adelante). Desde este punto de vista parece claro, de todas formas, que lo fundante es la noción del rechazo de un enunciado (junto a la de aseveración), que como venimos viendo es una operación que, podría decirse, es *atraída* por la contradicción tal como ocurre en la segunda etapa de la *Verdrängung* con la representación sustitutiva respecto de lo que fue *fijado* en la etapa precedente (Cf. FREUD, 1925, 143). Esto adquiere el carácter de ley, o de regla, como en la *reductio ad absurdum* la cual consiste en que, si bajo un supuesto cualquiera es posible derivar lógicamente una inconsistencia, es posible entonces aseverar la negación de esa premisa, de modo que la contradicción es, respecto al sistema axiomático y con el desplazamiento que el enlace lógico en cuestión vehiculiza, admitida, a *condición de que se deje negar*.

II Un metalenguaje que no es tal

En su célebre *Interpretación de los sueños*, Freud menciona tres sitios en los que la lógica puede tener su lugar. Cada caso permite una lectura diferente. Uno de ellos es en la parte manifiesta. Su

interpretación, como no podría ser de otra manera, es sólo posible con la “suspensión de nuestra comprensión”:

“...el sueño nunca enuncia si los elementos que ofrece han de interpretarse en sentido literal o traslativo, ni si es preciso referirlos al material onírico directamente o por mediación de giros lingüísticos intercalados” (FREUD, 1900, 347).

Esto tiene que ver con una característica de la figuración del trabajo del sueño, i.e. “que *no lleva el propósito de que se la comprenda*” (Ibíd.).

Esta afirmación no podría tomarse como una de naturaleza adscriptiva. Es decir, no se refiere a una propiedad del trabajo del sueño sino más bien a una indicación para su lectura, la que tiene lugar al recorrer el camino inverso.

Parte de la lógica que se presenta en los sueños es atribuida por Freud a la “elaboración secundaria” que compara, citando a Heine, con lo que llama el proceder del filósofo: “con retazos y harapos tapa las lagunas del edificio del sueño” (Ibíd., 487) y lo presenta como resultado de un empeño en eliminar contradicciones, desterrar las paradojas, trazar puentes entre fragmentos incoherentes. Un empeño en que el sueño reciba un sentido antes de ser analizado.

En el año 1914, se intercalan algunos párrafos al texto de *La interpretación de los sueños* con citas de diversos autores en las que encuentra Freud la prueba de que el factor en cuestión (la elaboración secundaria), uno de los cuatro cuya exposición se encuentra a lo largo de su libro, de la formación de los sueños (además de la condensación, el despla-

zamiento y el miramiento por la figurabilidad) ha sido sobrestimado. En cierto modo, la noción de una participación del sujeto en la adscripción de una racionalidad a los fenómenos recibe un lugar preponderante en la influyente *Teoría elemental trascendental* de Kant y el «*fenómeno funcional*» de Silberer, que refiere a la sustitución de un pensamiento por una imagen que en lugar de figurarlo a él lo hace al estado subjetivo que lo pierde, parece en parte influida también por ella. Al respecto de su papel en la formación del sueño, asegura Freud:

“La primacía otorgada a la «categoría funcional» llega en muchos tan lejos, que hablan de fenómeno funcional dondequiera que en el contenido de los pensamientos oníricos aparezcan actividades intelectuales o procesos afectivos, cuando en verdad este material no tiene ni más ni menos derecho que otros a entrar en el sueño en calidad de resto diurno” (Ibíd., 501).

Hagamos notar de paso esta especie de desviación, si se admite el adjetivo, en virtud de la cual un concepto que delimitaba un peculiar modo de malinterpretar, anticipando el análisis y sustituyendo la cosa, paso a servir para aportar una explicación o a lo sumo la claridad suficiente como para sustituir el problema que venía a señalar.

Pero estas “actividades intelectuales” y, en particular, aquellas en que la lógica se suele ocupar, no son en todos los casos localizadas en ese lugar secundario. En diversos lugares, como el citado, Freud se refiere a fragmentos de actividades intelectuales que se presentan

en los sueños como restos del día. Por otra parte, al estudiar los medios de figuración del sueño se detiene particularmente en las relaciones lógicas entre los *pensamientos oníricos* (pensamientos que opone al sueño como manifiesto): “¿Qué figuración reciben en el sueño los «sí, porque, así como, o bien... o bien...» y todas las otras preposiciones sin las cuales no podemos comprender oraciones ni discursos?” (Ibíd., 318) “¿cuáles son los medios de que puede valerse el trabajo del sueño para figurar las relaciones del material onírico, tan difíciles de figurar?” (Ibíd., 320).

El modo de representación propio del sueño lo vuelve poco apto para enunciar las, así llamadas por Freud, relaciones lógicas. Eso argumenta e introduce una comparación con las artes figurativas, que no pueden servirse del habla. Ahora bien, tratemos de precisar un poco dónde se encuentra esta limitación. El mismo Freud, a renglón seguido, cita el caso de aquellos sueños donde parecen tener lugar representaciones de aquellas relaciones *entre* los pensamientos oníricos al modo, diría, como las conectivas vinculan proposiciones. Ahora, al detenerse en el modo en que en el sueño puedan ser figuradas estas relaciones, Freud no menciona las habituales “constantes lógicas” (como “y”, “o”, etc.) sino lo que llama *conexión lógica, relaciones causales*, la alternativa, la *contradicción*, el “así como” (*gleichwie*).

Tenemos tres lugares entonces señalados por Freud. El *sueño manifiesto* presenta una relación lógica: si resulta del trabajo del sueño, con la “subversión de los valores psíquicos” que esto implica,

y ella puede ser un resto diurno, etc. En segundo lugar, la *elaboración secundaria* compagina dicho sueño: Freud atribuye dicho efecto en mayor medida a la acción de la censura. Por último, la lógica de los *pensamientos oníricos* o lo que queda de ella, si es que hubo, tras la desfiguración onírica.

Pero mientras la lógica se sirve de un vocabulario de segundo nivel para declarar respecto de los enunciados que se contradicen uno con otros, que se implican o que son válidos, no es admisible, en base a lo antedicho, un desdoblamiento semejante en el caso presente. Se hizo mención de la circularidad que aqueja la definición de tales términos, tomando en particular la contradicción como punto de partida de su recorrido. Freud se interesa por ella con motivo de los *sueños típicos*, en particular los que llama *de turbación por desnudez*. Ellos se distinguen en que se halla presente en el contenido manifiesto la conjunción de la vergüenza del soñante (que quiere y no puede ocultar su desnudez) y la indiferencia de los extraños allí presentes (también, en otros casos, que la falta de ropa no parece justificar la vergüenza sobreviniente). Lo adecuado, asevera, sería el asombro, la risa o aún la indignación de los extraños como corolario de la desnudez. Obviamente, la contradicción así señalada no resulta de un proceso de cálculo. Ni siquiera conlleva una “estimación lógica” de un enunciado. Otro aspecto que destaca de tales sueños es que la contradicción hace las veces de “incitador del sueño” (Ibíd., 254). Es considerada como la ocasión de un contenido tal, su motivación incluso:

“...el contenido onírico no entendido proporcionó una incitación para inventar un modo de vestimenta dentro del cual adquiere pleno sentido la situación que se presenta al recuerdo” (Ibíd. 554),

ofreciendo vías interpretativas al postular, respecto al tipo de sueños considerado, que *el contenido no entendido* ha de conducir a una situación que lo vuelva inteligible, mencionando entonces dicha situación la de la infancia, donde lo que es actualmente contradicción tenía lugar sin presentar ese carácter.

La certeza y el sentido

En la introducción a su libro sobre el chiste, Freud menciona algunos pasajes que encontró en sus lecturas conexas, por ejemplo en Lipps, a cuyo libro atribuye “el estímulo y la posibilidad” de haberlo escrito. Usa la palabra contraste para referirse a cierto aspecto que parece inherente al chiste, y que encuentra en una definición de Kraepelin, aunque para él:

“...no es un contraste aprehendido de este o estotro modo entre las representaciones conectadas con las palabras, sino un contraste o contradicción entre el significado y la ausencia de significado de las palabras” (Lipps, citado en FREUD 1905).

“Prestamos a un enunciado *sentido* y sabemos que, según toda lógica, no puede convenirle. Hallamos en él una *verdad* que sin embargo no podemos volver a encontrarle luego, si atendemos a las leyes de la experiencia o a los hábitos univer-

sales de nuestro pensar. Le adjudicamos una consecuencia lógica o práctica que rebasa su verdadero contenido, para negar justamente esa consecuencia tan pronto como estudiamos por sí misma la composición del enunciado. En todos los casos, el proceso lógico que el enunciado chistoso provoca en nosotros y en que descansa el sentimiento de la comicidad consiste en el paso sin transiciones desde aquel prestar *sentido*, tener por cierto o atribuir *una consecuencia*, hasta la conciencia o la impresión de una nulidad relativa” (Ibíd., 14, agrego las palabras *sentido* y *una consecuencia* que se omitieron en la edición citada).

Tras citar esto Freud lo matiza con cierto escepticismo para referirse luego a otro “factor”, que llama “desconcierto e iluminación” en el que una palabra “a primera vista defectuosa, ininteligible, incomprensible, enigmática” resulta en una solución del desconcierto, que coincide con el efecto hilarante. Según Lipps, a esta primera iluminación, sigue otra en que notamos que es esa palabra carente de sentido la que produjo todo esto. Aquí es donde se subsume el conocido ejemplo de *famillionär*. Estas dos versiones, siendo opuestas —o siendo una la inversión de la otra—, ponen del mismo modo de relieve la función que cumple el sentido en el Witz. Ya sea que se pierda o se recupere de pronto, en ambos casos sorpresivamente, no es algo cuya forma lo haga apto para asir. Y el tratamiento, teórico, del chiste, se encuentra con esa dificul-

tad, la de que su objeto sea fácilmente perdible. No es la situación de la física ni la de las ciencias puras, donde es simple dejar mojones, recuperar un punto de vista.

Considérese aquello que dice Lipps, el “tener por cierto”. En el caso de la lógica, por ejemplo, la certeza se adhiere a los teoremas y axiomas, pero lo hace un modo menos endeble. El ejemplo es bueno porque muestra cómo el sentido es correlativo a la certeza, y a falta de poder variar en cuanto a algún teorema, se puede tomar por un efecto similar que resultaría de tener por demostrado alguno cuya prueba luego se revela errónea, cosa que habrá de repercutir en el sentido, si cabe hablar de él, que se le atribuía a su resultado. Para contrapesar esta endeblez de lo que es efecto del lenguaje de las conversaciones se hubo de recurrir a axiomas y a reglas de inferencia, que lo fijaran de una vez por todas.

La certeza cartesiana, por su parte, no está desprovista de algo de comicidad. Pese a que es bastante conocido, podemos retomar el argumento, si bien desde el presente punto de vista. Comienza por una pregunta ¿puede tenerse certeza? Desde luego, un tercero queda excluida para el filósofo, que lo formula en términos de ¿puede saberse algo o nada? La primera alternativa es consistente consigo misma, y el tema recae en refutar la segunda. Y se recurre a una *reductio ad absurdum*. Supongamos pues: nada se puede saber. Entonces sólo cabe dudar. Pero esto es cierto. Así, la fuerza con que se impone lo segundo una vez supuesto lo primero no admite ninguna duda. Pero contradice

el supuesto. Entonces no se puede no saber nada, pues sería saber que dudo. Que la conclusión sea el célebre *sum* quizá haya que atribuirlo a que se identifique con la certeza, esa especie de asa que vuelve al sentido maniobrable. Pero ese aparente corolario de la certeza obtenida de tal modo, el ser del ego, es también lo que le da un lugar al lado subjetivo del asunto, que muchos textos modernos suelen omitir. Omisión que no puede tenerse por casual. Tal como argumenta Perelman (1958) la ciencia parece haber mantenido ese aspecto del método cartesiano que se propone tomar por falso todo lo que no es más que verosímil, pues esto último está sujeto a fluctuaciones que las derivaciones lógicas por principio no, mantenidas en fundamentos que irradian hacia sus consecuencias su evidencia apodíctica. Duda y creencia son equiparables en relación a la certeza, pues no son más que el efecto subjetivo de un enunciado, y su diferencia sólo parece radicar en si el sujeto adhiere o no a él pese a su carácter insuficiente.

En comparación con los de la modernidad, los textos contemporáneos parecen haberse comprometido en reducir su incidencia. Pero de todas formas puede también argumentarse que eso mismo no es más que su impronta, la de un sujeto que sólo procura no dejar rastros. Piénsese si no el lugar que se le da a la consistencia al punto que la contradicción puede generar la amargura de Frege al responder la carta de Russell sobre su paradoja, cuando no se la usa en el contexto de una reducción al absurdo. Fuera de él, por ejemplo en dos momentos donde varíe el “tener por

cierto” en cuanto a enunciados cualesquiera (o meramente el entusiasmo que despierta alguno), parecen no poder más que tener el solo sentido del error, tema que por cierto no se ausenta de la meditación cartesiana, donde se lo reprocha a quien confía la verdad —bajo la forma de excusarlo, y así manteniendo las condiciones que ocultan lo absurdo del reproche.

Al final de su introducción, en *Der Witz...* Freud escribe un comentario acerca de lo escrito respecto del tema:

“...pero son éstas *disjecta membra* las que desearíamos ver reunidas en una totalidad orgánica. No aportan, en realidad, más material para el conocimiento del chiste de lo que aportaría una serie de anécdotas a la característica de una personalidad cuya biografía quisiéramos conocer” (FREUD 1905b, 1033).

El deseo así expresado suele ser propio de cada una de las disciplinas académicas, pero muestra también en qué medida puede ser el objeto, contrariamente a lo que muchas veces parece suponerse, el que impone a una teoría su desmembramiento, y no el sujeto en una insuficiencia de su crítica. Lo que sí corre por cuenta de este último no es ya esto sino lo que a veces ocurre, el superponer delante de él una forma cuya imagen semeje a la que le opone Freud en la cita. Es que al chiste pertenece ya la clase de elementos de que una crítica está compuesta, lo que impide que ésta lo mantenga no a la “distancia” suficiente sino con la permanencia que se suele exigir en la teoría a un tema. Es ésta, la permanencia, condición necesaria de

toda experiencia posible según Kant, quien la incluye entre las analogías de la percepción, pertenecientes a los principios del entendimiento puro (A148, B187). Es este el correlato en el campo físico de la estabilidad en la certeza, exigencia de toda teoría científica, y que expresa uno de los principios no formulados por Descartes pero que son tan propios a su meditación. La permanencia es condición sin duda —de que no lleve al sinsentido mantener alguna certeza, y ese era el deseo de Descartes³. La modulación del “tener por cierto” fue destacado, según cita Freud, por parte de Lipps como constituyente del chiste, o de una subclase de ellos. Cada discurso, en general, se apoya sobre la base de un fundamento para este dar validez. El tribunal al que se apela, pero no en el momento de la controversia —ese es un momento por completo secundario, posterior— sino mucho antes, en el de dar sostén a un enunciado, o un discurso mayor en extensión. Si Descartes puede considerarse fundacional, es porque parte de una serie de consideraciones sobre él. Perelman, quien le atribuye a este filósofo la marca original a la concepción de la razón (y no la razón misma) posterior a él, ha puesto énfasis en el hecho de que el modo en que se produce la certeza en ese caso tiene por resultado el hundimiento de todo un campo, el de lo verosímil.

Es este el esquema de las ciencias formales, donde el sistema axiomático es el mentado tribunal. Y su eficacia ha sido tal, que muchas veces se ha querido convertirla en modelo de toda teoría, con la ingenuidad que esto conlleva. Uno de sus corolarios evidentes (se lo

vea o no) es la exclusión del discurso de todo aquello que pertenezca al campo de la argumentación y de lo plausible, es decir donde la certidumbre sólo se da en alguna medida que no sea cabal.

El hecho de que se tenga por principio en algún escrito el que la modulación en el grado de certidumbre no tenga lugar, necesariamente tiene que repercutir en cómo se lo redacte. Probablemente las ciencias proporcionen ejemplos de discursos que se dirijan a este ideal. Es claro que las formales lo logran de un modo mucho más satisfactorio que las empíricas. En el caso de las primeras, la premisa de que una variación así no está a la altura del texto que debe resultar no afecta la lógica del mismo —o tal vez se prefiera decir que su lógica misma se define así. Pero eso la vuelve heterogénea, y ninguna falacia es introducida con la reducción que esto implica. En otros casos, los confines no resultan tan claramente demarcados y esta condición puede provocar distintos tipos de sesgos.

En los textos de Freud no está vedada una modulación, y tener esto en cuenta o no será un factor que sin duda incidirá en la lectura que se haga de ellos si no en la posibilidad misma de acceder a la misma. El caso del chiste es un ejemplo que muestra estos puntos con nitidez, pues él no se adecua bien a los principios puros del conocimiento teórico racional. Así como, según Lipps remarkó, una variación puede ser parte de un chiste, ligada incluso a su efecto hilarante, una clasificación o incluso la determinación para algún caso particular de su pertenencia o no a esta categoría, también se ve afectada por ello,

del mismo modo en que su mismo efecto se desgasta con el tiempo una vez oído. Con respecto a cierta variedad de chiste (Freud elabora una clasificación) que llama *símil* o *metáfora* (según la traducción), asevera “Cuando de entrada declaro sin reservas que una de ellas es un chiste, un momento después creo notar que el contenido que me depara es de cualidad diversa de la que suele procurarme el chiste...” (FREUD, 1905a, 78). Y prosigue una discusión acerca de si incluir o no en esta clase a ciertos casos de su colección, que se conecta con una anterior, que es la de la definición del tema.

Se produce un círculo. Es obvio que toda clasificación presupone un criterio. Pero en el caso del Witz, no existe criterio alguno que sea *a priori*, debe írselo a buscar al material mismo. Tampoco uno sintético, como ocurre con los objetos de la naturaleza. Pues ¿de qué material partir si no sabemos de antemano si una frase o relato en o no un chiste? La cuestión se centra entonces en el hecho de que los principios a que habrá que referir toda prueba posible son el efecto hilarante que notemos en nosotros mismos, con lo de inasible que esto tiene, como venimos viendo. Pero además de eso, se suma el que ese efecto no es el mismo para cada sujeto, pues lo que mueve a risa en uno, no lo hará con necesidad en el otro. Y si consideramos que cuestiones tales como las diferencias de lengua, el entender o no determinado chiste, el estar aludido despreciativa o halagadoramente por alguno, etc., son factores que determinan las diferencias comprobables entre los sujetos, estaríamos usando un crite-

rio dogmático que podría ser apto para despistarnos. Lejos de sacarnos del círculo, nos dejaría en él, pero con la desventaja de no poder ya ver mejor algunos de sus puntos.

Freud hace hincapié en este asunto. Por ejemplo:

“Confesamos ya que en muchos de los ejemplos sometidos a estudio no podemos aventar la duda sobre si se los debe considerar chistes o no, y admitimos que esta incertidumbre cuestiona las bases de nuestra indagación (...) La sensación que suele decirme -y no sólo a mí, sino probablemente a muchos otros en las mismas condiciones: ‘Ese es un chiste, es lícito calificarlo de chiste’, y ello aún antes de que se descubra el carácter esencial del chiste; esa sensación, pues, me deja en la estacada las más de las veces en el caso de las comparaciones graciosas” (Ibíd., 78).

El modo de proceder viene a ser uno de recorrer el círculo. Confiérase este pasaje:

“Aquí nos ocupamos de explorar la técnica del chiste a raíz de ejemplos, y por tanto debiéramos estar seguros de que los ejemplos citados por nosotros son realmente chistes. Pero sucede que en una serie de casos vacilamos sobre si deben llamarse o no chistes. Por cierto que nos disponemos de un criterio antes que la indagación nos lo haya proporcionado; en cuanto al uso lingüístico, no es confiable y su legitimidad requiere a su vez ser examinada; para decidirlo no podemos apoyarnos sino

en cierta «sensación», que tenemos derecho a interpretar en el sentido de que en nuestros juicios la decisión se consume siguiendo determinados criterios que todavía no alcanzamos a discernir. Pero si la fundamentación ha de ser suficiente, no nos bastará con invocar esa «sensación»” (Ibíd., 58).

He aquí conjugados una noción, respecto de la que se pretende decir algo, una decisión provisional en sí insuficiente, un apoyo que lo es sólo preliminarmente pero tomado como condición de uno más firme. Esto ordenado en torno una especie de saber no dominado, del que a la par no es posible enseñorearse *a priori*, del que se espera obtener una fundamentación suficiente, mas no apelando a la experiencia en sentido kantiano, aunque tampoco a la lógica formal. Viene al caso citar aquí cómo un filósofo, con motivo de un artículo acerca de la esencia del arte, describe un círculo similar, si bien no para considerar la vía allí propuesta sino meramente su señalamiento de este asunto previo.

“Lo que sea al arte, habrá que inferirlo de la obra. Lo que sea la obra, sólo podemos saberlo a base de la esencia del arte. Cualquiera observa fácilmente que nos movemos en un círculo. El entendimiento común exige que se eluda este círculo, porque es un atentado contra la lógica. Se cree que mediante un examen comparativo de las obras de arte existentes puede inferirse por ellas lo que sea el arte. Pero ¿cómo vamos a cerciorarnos de que para tal examen nos fundamos realmen-

te en obras de arte si no sabemos previamente qué es el arte? Mas la esencia del arte no puede obtenerse mediante una acumulación de caracteres de obras de arte existentes, tan poco como deduciéndola de conceptos superiores, puesto que esa deducción presupone ya previamente aquellas determinaciones que tiene que ser suficientes para ofrecernos como obras de arte lo que de antemano tenemos por tal" (HEIDEGGER 1936, 14).

Situaciones como estas quizás sean las que lleven a conducirse de modo dogmático, es decir, tomando un punto de apoyo cierto de una vez por todas. Pero con eso se corre el riesgo de dejar en el olvido, justa y precisamente, el asunto mismo que se quería considerar. Ese sería el resultado de apelar a un método formalista, como el de la matemática, con la diferencia de que en ésta no ocurre como con el chiste, el arte o el sueño, donde sin duda se perdería de antemano lo que se quisiera encontrar. Considérese, pues, cómo describe en un texto introductorio a la lógica Alfred Tarski la fundamentación de la matemática.

"Los principios que vamos a estudiar tienen por objeto asegurar al conocimiento matemático el mayor grado posible de certeza. Desde este punto de vista sería ideal un procedimiento que permitiese aclarar el sentido de todas las expresiones que apareciesen en esta ciencia y fundamentar todos sus teoremas. Ahora bien, es fácil ver que ese ideal no sería realizable nunca. En

efecto, cuando se trata de aclarar la significación de una expresión, hay que emplear necesariamente otras expresiones; para aclarar la significación de estas expresiones y evitar el círculo vicioso, deberíamos valer nos a su vez de otras, y así sucesivamente. De este modo, comenzamos un proceso que nunca llegaría al fin, al que hablando gráficamente llamamos *retroceso infinito* —*regressus in infinitum*—. Exactamente lo mismo al fundamentar los teoremas matemáticos (...). Como expresión de compromiso entre aquél ideal inasequible y las posibilidades reales hemos instituido principios..." (TARSKI 1941, 129).

Dichos principios son las *proposiciones* y *conceptos fundamentales*, además del concepto de *deducción* (o *procedo deductivo*). No podrá esperarse una definición de los conceptos fundamentales ni una demostración de los axiomas, la ciencia avanzará, por así decir, en la otra dirección. Es evidente que tal modo de proceder ha dado lugar en un enorme progreso para la lógica una vez que se estableció así. Sin embargo, en los casos citados precedentemente, no podría esperarse un resultado ni aún análogo pues, a diferencia de aquéllas, éstos no son —usando el término de Kant— nociones *puras* ni tampoco *sin-téticas*. Además, otro de los puntos donde se impone esta bifurcación está en la separación que la lógica establece entre un teorema y un *metateorema*. El lenguaje, definido en los términos de los conceptos fundamentales y el sistema basado en los axiomas, permiten obte-

ner teoremas cuya formulación se encuentra aislada en la formalidad del lenguaje objeto. Los términos habrán de definirse en otro lenguaje, sin referencia a alguna cosa heterogénea respecto del mismo sino más bien a una operación que toma los otros componentes de las expresiones sin dar lugar al equívoco. Los metateoremas, formulados también en la lengua conversacional, se refieren al funcionamiento del sistema axiomático, pero no son producto de él, existe un cierre que aísla el objeto. La necesidad de este aislamiento es un punto en que Russell ha insistido al formular la teoría de los tipos, donde ninguna expresión puede caer bajo el alcance de sí misma, debiendo por tanto pertenecer a un campo diferente de aquél sobre la que verse (Cf. Russell, 1908). En el caso del *Witz*, por otra parte, tenemos que la certidumbre no sólo forma parte del conjunto de aquellos elementos subjetivos que intervienen en su análisis. Como hemos visto, en el chiste mismo vemos participar en parte la emergencia de una certidumbre —o su aniquilación, etc.—. La diferencia entre sentencia chistosa y sentencia sobre el chiste no podrá ser como la que hay entre teorema y metateorema, y esto no porque se pretenda causar gracia con la segunda. El «efecto chistoso» depende, cuando menos en cierta medida (no por ello calculable) y al menos en ciertos casos, de su «sustancia» (*gehaltvoll*, es la voz empleado por Freud), la cual no es otra cosa que la conformidad que pres-tamos con lo enunciado, o bien, en el caso del chiste tendencioso, que el enunciado no ponga en acción una inhibición del efecto, etc. Como sin efecto

chistoso no hay chiste, luego no es posible demarcar en qué medida la certidumbre en el análisis proviene de la argumentación por sí misma, o si depende también del material chistoso en sí. Su fuente no es determinable. Pero es más: *no podemos contar con una determinación tal porque no es posible saber, en la certeza, cabal o no, cuál es su procedencia ni su punto de apoyo.*

Se mencionó ya, más arriba, el supuesto deseo de Freud de ver reunido en una totalidad orgánica los *disjecta membra* de los escritos sobre el chiste. Eso no hizo, sin embargo, que en lo tocante a ese punto su propio escrito al respecto no fuera la excepción. Los intentos de reunir lo dicho en una organización resulta en ulteriores problemas (Cf., por ejemplo, el final del capítulo tercero de la parte analítica) como los subsiguientes.

Freud comienza su ensayo con el intento de dar con lo que hace al chiste chiste y que cualquier cosa de su género lo sería de tener tal cosa, y nada que no la tuviera lo sería. Algo así como la antigua *diferencia específica*. Incluso se pregunta por la *esencia* del *Witz*. Uno de los presupuestos de que parte es que dado que al dar a algún chiste una expresión verbal más desplegada o explícita, sin elipsis ni la parsimonia a que suelen dar lugar algunos de ellos, sin juegos de palabras, etc., pierde su gracia; entonces, concluye de eso, aquello que busca ha de estar en esos juegos verbales que subsume bajo el título de «*técnica verbal*»⁴. Desde luego que esto suscita el reparo de que no podría concederse que ambas formas, la de *vestidura chistosa* debida a la mentada técnica, y la desplegada por el análisis,

tengan por “pensamiento” (según la expresión de Freud) algo idéntico ni la misma cosa. El mismo Freud da un lugar al mismo al decir, respecto de su formulación desarrollada del chiste de *famillionario* “y todavía sentimos luego la necesidad de agregarle un complemento aclaratorio” (FREUD, 1905a, 20).

Lo que sí es evidente es que el chiste se vincula a una forma de expresarse que no corresponde a lo habitual, al léxico ordinario. La técnica verbal alude a esto mismo. ¿Por qué no hablar de técnica verbal en otros usos de la lengua no chistosos, los habituales por ejemplo? Y Freud lo relaciona con los sueños y con la psicopatología de la vida cotidiana porque es para él el objeto —y no el sujeto— lo que impone tales formas, así como lo hace a su mismo tratamiento.

Los primeros ejemplos del libro son todos chistes con condensación. En ellos una palabra o expresión, creada por el chiste mismo o no, permite realizar una alusión que no se explicita, o también establecer algún tipo denexo. En este punto, el ejemplo de *famillionario* tal vez se distinga del resto de la enumeración, pues en él no parece destacarse tanto la comparación entre el trato de un familiar y el de un millonario sino más bien un desplazamiento entre el trato de un familiar hacia el trato familiar de un millonario (de todas formas, probablemente un hablante del alemán pueda decidir esto). Probablemente lo mismo pueda decirse del chiste “tiene un gran futuro *detrás suyo*” referida a un personaje que se lo consideraba llamado a alcanzar un lugar destacado, pero luego tales posibilidades dejaron de existir. *For-*

kenbecker, que servía de nombre a una fuente aludía también a quien la había hecho construir y a ciertos sinsabores que tal cosa conllevó. *Cleopold*, nombre con que se designaba cierto personaje, aludía además al enriedo amoroso en que se había involucrado con su amante Cleo. *Scheusalinger*, que incluye el nombre Salinger y la palabra *Scheusal espantajo*. En este último caso, en lugar de producirse una alusión, se sigue unnexo entre la persona nombrada y el adjetivo agregado. Otro: -¿Te has casado? - Sí, *Trauring*, pero cierto. Aquí se combinan Ehering (*anillo matrimonial*) y Traurig (triste); sugiriendo nuevamente unnexo. “He viajado con él *tête-à-tête*” “La vanidad es uno de sus cuatro talones de Aquiles” sugieren nuevamente la relación entre una persona y un adjetivo (bestia). La expresión denotativa «*roux et sot*» para referir a un joven de apellido Rousseau. Existen otros muchos ejemplos y desde luego que aquí sólo se citarán algunos.

Parece haber una diferencia, entonces, entre los chistes que toman en un nombre la ocasión de una alusión y aquellos que sugieren unnexo (o lo aseveran) entre dos términos, por ejemplo entre un nombre y una cualidad. Considérese el chiste en el que Napoleón, al comentar que «*tutti Italiani danzano si male*» recibe como respuesta «*Non tutti, ma buona parte*». ¿En este caso hay una alusión o la sugerencia de unnexo? Esta cuestión parece depender de lo que se considere por parte de los interlocutores como válido independientemente del chiste. Si esto es que Napoleón baila mal, entonces tenemos una alusión a tal hecho. Si, por el contrario,

no se presupone tal cosa, se lo está sugiriendo en el chiste mismo. Así, esta especie de subdivisión depende, al parecer, no tanto de la estructura autónoma del chiste sino de su relación con el contexto y, en particular en este caso, con lo que ha de estar establecido como efectivo o válido para los interlocutores. Habrá quien prefiera concebir que el chiste es la manera de producir un comentario adverso cuando una forma verbal habitual no lo admitiría (lo que podría tomarse por este mismo caso, por lo demás). El mismo Freud argumenta dicha línea en su libro y dice que el chiste es el resultado de la necesidad de vencer, por parte del dicho, un obstáculo. Tal vez sea dicha forma, la que contrapone obstáculo interior a obstáculo exterior una manera distinta de señalar esta diferencia. Sea como fuera, ambos casos muestran que el *Witz* es un uso del lenguaje en sentido traslativo, es decir un tropo⁵.

En cuanto al nexo, que cuando menos en cierta parte de los chistes (presumiblemente, al menos aquellos que Freud entiende como conllevando un obstáculo interior) podría preguntarse ¿de qué naturaleza es? Se ve que esta pregunta resulta de por sí infructuosa si es que con ella se pretende una contestación que responda por la generalidad. Aquellos nexos que toman parte en los *Witze* no son de una única variedad, incluyendo en cambio la semejanza, la analogía, la causalidad, la identidad, la simultaneidad, aunque también lo contrario, lo opuesto, etc. Pero parece que en el chiste tiene lugar una conjugación de enlaces antes que la enunciación de alguno, ya sea una identidad, una perte-

nencia. Si se quisiera postular de él que fuera uno en particular, diríase entonces que su situación es cercana a la de la analogía, cuando menos en el aspecto que Perelman y Olbrechts-Tyteca destacan así:

“La analogía es un medio de argumentación inestable. En efecto, quien rechaza sus conclusiones tenderá a afirmar que «ni siquiera hay analogía», y minimizará el valor del enunciado reduciéndolo a vaga comparación o a una aproximación puramente verbal. Pero quien invoque una analogía se inclinará casi invariablemente a afirmar que se trata de algo más que de una mera analogía, con lo que la analogía queda encajonada entre dos negaciones, la de los adversarios y la de los partidarios” (PERELMAN-OLBRECHTS 1958, 601).

Encontramos pues nuevamente la inestabilidad, que había ya sido señalada más arriba como perteneciente incluso al conjunto de aquellas nociones formuladas por los autores de que Freud partió. Pero también ese contexto dialéctico ya apuntado, el que involucra la cuestión de la modulación de la certidumbre como su resultado (claro que un enfoque diverso, por ejemplo uno literario, pondrá énfasis en los aspectos de estilo engendrados entre los efectos. Aquí, el puente entre ambos puede trazarse en cuanto se repara en la analogía que hay entre los efectos persuasivos en un caso y los que despiertan la aprobación, en el otro, en cuanto a la composición. Muy otra es la cuestión de si no fuera más preciso hablar aquí de subsumión

o no, en lugar de analogía). Para una mayor claridad, será oportuno apuntar aquí mismo el modo en que los autores citados entienden la analogía, la que les parece, a su vez, el lugar del que deriva la metáfora, siendo por tanto de interés para los fines del presente artículo.

Luego de creer necesario una mención al menosprecio que parece haber recibido de parte de cierto tipo de autores, entre lo que citan a Hume y a Stuart Mill, plantean, en un modo similar al que se indicó más arriba, esa particularidad —u originalidad, según figura allí— del caso que constituye la analogía de ser “en lugar de una *relación de semejanza* una *semejanza de relación*” (P. Grenet, citado por PERELMAN-OLBRECHTS 1958, 570); acercándose así a la proporción matemática, pero no sólo -como es evidente- manteniendo su carácter diverso de aquélla, sino no admitiendo que se la ponga como su ideal. Se produce un acercamiento entre dos enlaces que se toman de las nociones disponibles, una relación de relación. A es a B lo que C es a D. Tomaré como ejemplo una analogía bien conocida en el ámbito freudiano, de la cual se sirve para formular la contraposición entre lo permanente de lo que llama *conversión*, y la sustitutividad y el carácter mudable del sentido en los síntomas histéricos, que figura en *Fragmento de análisis de un caso de histeria* (publicado, por otra parte, el mismo año que *El chiste y su relación con lo inconsciente*).

“Mucho más fácil que crear una nueva conversión parece producir vínculos asociativos entre un pensamiento nuevo urgido de descarga y el antiguo, que ha perdido esa ur-

gencia. Por la vía así facilitada fluye la excitación desde su nueva fuente hacia el lugar anterior de la descarga, y el síntoma se asemeja, según la expresión del Evangelio, a un odre viejo que es llenado con vino nuevo⁶⁹ (FREUD, 1905c, 48).

En el *Tratado de la argumentación* se conviene en llamar *tema* a los términos A y B de que está compuesto lo que sus autores llaman conclusión, y *foro* al conjunto C y D, el cual sostiene el razonamiento que se viene a afirmar. Al foro en el presente caso lo constituyen el nuevo vino y el viejo odre⁷, mientras que el tema la persistencia del síntoma de la *conversión* que se opone a su variabilidad semántica, cuyo lugar está en el discurso, ya sea sucesiva o simultáneamente.

Un aspecto que a los autores les parece de importancia es la necesidad de que los términos del foro y del tema pertenezcan a distintos campos, dado que si no se trataría *ipso facto* de otro vínculo, presumiblemente más estrecho. Así, por recurrir a un ejemplo de suyo conocido, siendo la mortalidad de Sócrates un mero caso entre los del conjunto de la de cada uno de los hombres, no hay analogía en el silogismo categórico que concluye por afirmarla sino una relación de *necesidad lógica*⁸. En cambio, de no ser un tal caso por elegirse en lugar del ateniense algún miembro de una especie distinta mas no la humana, el mantenerlo en un mismo campo tampoco engendraría analogía ninguna, sino antes bien una concatenación presta a ser tomada por inconducente.

El hecho de ser la analogía algo emi-

nementemente dialéctico, la coloca en lugar de sufrir desplazamientos inconvenientes (o también divergentes) para quien la formula. Esto es ejemplificado con el chiste del becerro de oro⁹, donde Heine prolonga la analogía más allá de lo que lo fue por parte de su interlocutor, es decir tomando del foro la juventud del becerro para hacer notar que vuelve insostenible su vinculación con el correlato suyo en el tema, generando el efecto hilarante. En el caso de la parte conversiva del síntoma, Freud anticipa una posible conclusión que la analogía podría sugerir, para oponérselo, así:

“Por más que siguiendo estas elucidaciones la parte somática del síntoma histérico aparezca como el elemento más permanente, de más difícil sustitución, y la psíquica como el más mudable, el más fácil de subrogar, no se infiera una jerarquía entre ambas. Para la terapia psíquica, la parte psíquica es en todos los casos la más importante” (FREUD, 1905a. 48).

Resultará de interés probablemente detenernos en cómo según Perelman la metáfora surge de un trasfondo analógico para comprender de paso la impugnación que contra ello lanza Lacan. En cuanto al primero, él se presenta al tanto de cierta repugnancia de la cual esta derivación sería objeto en autores modernos, como por ejemplo J. P. Sartre; pero se complace en observar que con ello él recupera una tradición donde se incluyen nada menos que J.S. Mill y el filósofo estagirita. Este último, en su *Poética* define así:

“La metáfora consiste en dar a un

objeto un nombre que pertenece a otro” (ARIST. 1457b).

Y luego establece distingos según la transferencia se haga del género a la especie, de la especie al género, de una especie a otra o se trate de un problema de analogía. A decir verdad, aquí está la metáfora considerada en las dos acepciones clásicas, a saber, como designación genérica de los *tropos* y como noción restringida a un caso particular de entre ellos. Este último caso es explicado en base a una estructura de cuatro lugares donde el segundo mantiene con respecto al primero una relación que es equiparada (en algún grado siempre incompleto, pues de otro modo sería una proporción matemática) a la del cuarto con el tercero, i. e. la analogía tal como se describió arriba.

Así, *el escudo de Dionisio* sirve de metáfora de la copa sobre la base de la vinculación entre las relaciones de la copa con respecto a Dionisio por un lado y el escudo a Ares¹⁰. *La puesta del sol de la vida* es considerada una metáfora de este tipo basada en que se toma a la puesta del sol como manteniendo una relación análoga al día que la vejez a la vida.

De esto concluye Perelman que la metáfora puede concebirse como una fusión entre el tema y el foro. Conviene apuntar, por otra parte, que dicha fusión va en la dirección de trascender la analogía, motivo por el cual podría pensarse que una metáfora sólo surge de una analogía, con la condición de que esta última ya no pueda sostenerse una vez surgida aquella, a semejanza de como ocurre en el caso de cierto sujeto quien,

al recibir por primera vez noticia de su padre tras haber tenido lugar el fin de su agonía, se refirió a su muerte como la ocasión en que supo que estaba vivo. Tal vez en el hecho de que la metáfora constituya la fusión de los términos de foro y tema, con la consiguiente pérdida que esto representa para la analogía, pueda encontrarse (siempre y cuando se lo deba buscar) el punto del que Lacan sacó el impulso con que se alzó contra el prolijo esquema de Perelman. Pero existen cuatro puntos centrales, a mi juicio, en la teoría abogada por Lacan que no se encuentran en la exposición de Perelman. El primero de ellos es la centralidad que otorga a la oposición entre el significante y el significado:

“Hay, si se quiere, cuatro términos en la metáfora, pero su heterogeneidad pasa por una línea divisoria -tres contra uno- y se distingue por ser la del significante al significado” (LACAN, 1961, 868).

Vemos en ello sin lugar a dudas el influjo en su discurso de la teoría lingüística iniciada por Saussure y continuada por Jakobson. El otro es el aspecto de sustitución que presenta:

“La chispa creadora de la metáfora no brota por poner en presencia dos imágenes, es decir dos significantes igualmente actualizados. Brota entre dos significantes de los cuales uno se ha sustituido al otro tomando su lugar en la cadena significante, mientras el significante oculto sigue presente por su conexión (metonímica) con el resto de la cadena” (LACAN 1957, 487)

Y que ejemplifica en la expresión que toma del diccionario *su gavilla no era avara ni tenía odio* diciendo que:

“Es pues entre el significante del nombre propio [Booz] de un hombre y el que lo cancela metafóricamente [gavilla] donde se produce la chispa poética, aquí tanto más eficaz por realizar la significación de la paternidad cuanto que reproduce el acontecimiento mítico en que Freud reconstruyó la andadura, en el inconsciente de todo hombre, del misterio paterno” (Ibíd.)

En tercer lugar, Lacan otorga cierto valor al *sinsentido*, dado que según él “la metáfora se coloca en el punto preciso donde el sentido se produce en el *sinsentido*” (ibid). Y por último, el punto que oficia de nexo entre cada una de las etapas de esta noción, la creación de sentido que resulta como efecto:

“He aquí ahora: $f(S' / s) S \cong S (+)$ s, la estructura metafórica, indicando que es en la sustitución del significante por el significante donde se produce un efecto de significación que es de poesía o de creación, dicho de otra manera de advenimiento de la significación en cuestión. El signo + colocado entre () manifiesta aquí el franqueamiento de la barra — y el valor constituyente de ese franqueamiento para la emergencia de la significación” (Ibíd., 495-6)

Nuevamente tenemos que, así como según ha sido consignado Freud se encuentra con que el sueño tomado como formación del inconsciente no se estra-

tifica aislando referencias inmanentes y trascendentes, las que por fuerza serían ambas correlativas a sendas determinaciones en el campo de su objeto, todo lo cual no es otro corolario que el de la posición que en el análisis le toca como analista, es de dicha posición también que ha de seguirse el que en la noción de la metáfora se reduzca al sin-sentido todo otro sentido que no sea aquél que por ella adviene y que en términos generales es el que depende del léxico así como del contexto. Con esto converge, asimismo, el punto en que se quiere trazar la línea que delimita la heterogeneidad en ella irreductible, pero que la ofusca si se cree con ello se haberla conseguido asir.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ARISTÓTELES, *Poética*, Buenos Aires: Leviatan, 2002.
- FREUD, S. (1900). "La interpretación de los sueños" en O.C. T.IV y V, Buenos Aires: Amorrortu, 2008.
- FREUD, S. (1905a). "El chiste y su relación con lo inconsciente". En O.C. T.VIII, Buenos Aires: Amorrortu, 1997.
- FREUD, S. (1905b). "El chiste y su relación con lo inconsciente". En O.C. T.III, Madrid: Biblioteca Nueva, 1987.
- FREUD, S. (1905c). "Fragmento de análisis de un caso de histeria" en O.C. T.VII, Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- FREUD, S. (1925). "La negación". En O.C. T.XIX, Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- HEIDEGGER, M. (1936). "El origen de la obra de arte" en *Sendas perdidas*, Buenos Aires: Losada, 1979.
- LACAN, J. (1957). "La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud". En *Escritos I*, Buenos Aires: SXXI, 2003.
- LACAN, J. (1961). "La metáfora del sujeto". En *Escritos II*, Buenos Aires: SXXI, 2005.
- MOSTERÍN, J. (1971). "Introducción" a *Estudios sobre semántica* de G. Frege, Madrid: Hyspamérica.
- OYUELA, C. (1885). *Teoría literaria*, Buenos Aires: Ángel Estrada y Cía. Editores, 1918.
- PERELMAN, Ch. y OLBERCHTS-TTTECA, L. (1958). *Tratado de la argumentación*, Madrid: Gredos, 2006.
- RUSSELL, B. (1908). "La lógica matemática y su fundamentación en la teoría de los tipos" en *Lógica y conocimiento*, Madrid: Taurus Ediciones, 1966.
- STRAWSON, P. F. (1963). *Introducción a una teoría de la lógica*, Buenos Aires: Editorial Nova, 1969.
- TARSKI, A. (1941). *Introducción a la lógica y a la metodología de las ciencias deductivas*, Buenos Aires: Espasa Calpe, 1951.
- TARSKI, A. (1944). *La concepción semántica de la verdad*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1972.
- VAN HEIJENOORT, J. (1967). *From Frege to Gödel: A Source Book in Mathematical Logic, 1879-1931*.

NOTAS

¹La mencionada regla V es formulada en los *Grundgesetze* de este modo: $(\exists f)(\epsilon) = \acute{a}g(\alpha) \equiv ((\alpha) (f(\alpha) = g(\alpha)))$, que puede interpretarse así: el recorrido de la función *f* es idéntico al de la función *g* si y sólo si ambas funciones asignan a cada objeto el mismo valor. Según Jesús Mosterín (1971) la noción de recorrido es ambigua en la obra de Frege. Se re-

fiere a la extensión de un concepto (el conjunto de los objetos de los cuales se lo puede predicar); o bien al rango de los valores que puede tomar una variable en una función; o bien el conjunto de pares ordenados cuyos elementos son cada elemento del dominio y su valor.

²La forma de eludir el inconveniente propuesta por Russell se basa en excluir del lenguaje la posibilidad de que una clase sea miembro de sí misma.

³Cf. el sueño de las *Olympicas*.

⁴Véase Op. Cit., Cap. II: "Un pensamiento puede, en general, expresarse d diversa formas lingüísticas —o sea, en palabras— que lo reflejen con igual justeza", (FREUD 1905a, 18), o "Esta diversidad confunde. Podría inducirnos a lamentar el haber comenzado por los medios técnicos del chiste, y a sospechar que hemos sobrestimado el valor de estos para discernir lo esencial del chiste. Esta conjetura simplificadora tal vez tendría validez si no tropezara con un hecho incontrastable, a saber, que el chiste queda cancelado siempre, enseguida, cuando removemos lo que estas técnicas han operado en la expresión. Por eso nos vemos precisados a buscar la unidad en esta diversidad" (Ibíd., 41-2).

⁵Calixto Oyuela (1885, 127) lo define así: "Sacando las palabras de su sentido primitivo y corriente, llamado *propio* y *recto*, solemos trasladarlas a una significación distinta, que guarda con la primera una estrecha relación. Llámase entonces el lenguaje *traslaticio* o *figurado*. El uso de las palabras en este sentido, se llama *tropo*, voz que en griego significa *vuelta* o *rodeo*."

⁶El versículo reza "Tampoco se pone vino nuevo en odres viejos, porque los odres revientan, el vino se derrama y los odres se pierden. ¡No, el vino nuevo se pone en odres nuevos, y así ambos se conservan!", lo cual era ya de por sí una expresión analógica.

⁷Siendo que en la analogía primitiva se da la contraposición del mismo odre a la ley que imponía el sacrificio del ayuno y la del vino al consabido sentido, alusivo a quien la metáfora enunciaba, y que adquirió luego un carácter notablemente literal.

⁸Nótese que en tal caso, un mismo término participa tanto del foro como del tema. Pero no es debido a ello que este nexa difiere de la analogía, habiendo por lo demás analogías estructuradas de tal modo, sino más bien el que pertenezcan al mismo campo.

⁹De Heine se cuenta que cierta velada se encontró en un salón de París con el poeta Soulié; platicaban cuando entró a la sala uno de aquellos reyes parisinos de las finanzas a quienes se compara con Midas, y no meramente por el dinero. Pronto se lo vió rodeado por una multitud de adaladores que lo

colmaba de zalamerías.

—Vea usted —dijo Soulié a Heine— cómo el siglo XIX adora el becerro de oro.

Con su mirada puesta en el objeto de esa veneración, Heine respondió, como rectificándolo:

—¡Oh! Este ya no debe ser tan joven" (FREUD, 1905a).

¹⁰Y por ende, la copa de Ares para el escudo. Siendo el nexa aquí establecido entre escudo/Ares y copa/Dionisio, la representación de esté caso es C de B, lo mismo que en *el atardecer de la vida*.

RESEÑA CURRICULAR DEL AUTOR

Licenciado en Psicología en la Universidad de Buenos Aires. Psicólogo en el Servicio Penitenciario Federal. Concurrente en el C.S.M. Nr. 3 de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Dr. A. Ameghino en el equipo Infanto-Juvenil.

E-Mail: sanmartin@psi.uba.ar